

JOSE FELIX BLANCO EN EL PANTEON NACIONAL *

Por CARLOS SÁNCHEZ ESPEJO

EN EL TEMPLO DE LA PATRIA

Entre los suntuosos homenajes con que la República, después de largos años de silencio, glorificó en el año de 1896, la memoria esclarecida del Precursor de la Independencia, Generalísimo Francisco de Miranda, destacóse la conducción de las cenizas de los Generales Mariano Montilla y José Félix Blanco y las del eminente ciudadano Fernando Peñalver, a este Templo, alcázar del patriotismo y sitio sagrado, propicio siempre para invocar, en días de agonía de la Patria, la inspiración de nuestros Héroeos.

Desde el primero de julio esos restos gloriosos fueron custodiados por jóvenes militares en la Cámara del Senado, convertida en Capilla Ardiente por mandato del Presidente Crespo y por la cual, como un río de admiración y gratitud, desfiló, sobrecogido, el pueblo de Caracas. En el centro del salón, descollaba la urna que guardaba las cenizas del egregio Lugarteniente del Libertador, Mariano Montilla; al este, la del general de División José Félix Blanco, y al oeste, la de don Fernando Peñalver. No obstante los fúnebres crespones, aquellas urnas, depositarias de arcillas venerandas en el altar del patriotismo, fingían una como bandera de triunfo, tan gallarda como la que flameó, en la majestad del Iris, en los campos de batalla.

El viernes 3, en horas de la mañana, se realizó la imponente procesión. Cubierta con la bandera nacional, cada una de esas urnas, fue conducida en carros fúnebres. Dos batallones de la Guardia en uniformes de gala, la Escuela Militar de Artillería y el escuadrón de Húsares de Miranda, hacíanle escolta. Personificando a la Patria y rodeado de sus Ministros, el General Joaquín Crespo presidía la imponente ceremonia; muy cerca de él, el ilustrísimo señor arzobispo, el Presidente del Estado Bermúdez, representantes de corporaciones oficiales y privadas y el clero de Caracas. Desde el Capitolio el cortejo partió hasta la esquina del Palacio Arzobispal y de allí, en línea recta, siguió hasta este Templo de la Inmortalidad, mientras que, desde las ventanas y balcones y zaguanes, el pueblo, en silencio emocionado, montaba guardia al paso de los restos de los Próceres.¹

* Discurso el 24 de setiembre de 1982.

1. *La Religión*, 8 de julio de 1896. *El Cojo Ilustrado*, 15-7-96 (El historiador González Guinán, en el Tomo XI, pág. 71 de la *Historia Contemporánea de Venezuela*, erróneamente

Colocados que fueron en la nave oriental, en el sitio preciso en donde hoy se alza, majestuoso, el monumento al vencedor de Las Queseras y héroe inmortal de Carabobo, y firmadas las actas del sepelio, el doctor Carlos F. Grisanti dijo en memorable discurso: “Cuando ya la libertad ha dejado su trono en la cumbre de los Andes y le rinden vasallaje las dos mayores arterias del planeta, y cuando del Mar Caribe al estrecho de Magallanes y del Atlántico al Pacífico resuena perpetuamente un himno de amor a su memoria vienen tan heroicos lidiadores a ocupar el puesto que le ha designado la gratitud nacional en este templo de la inmortalidad. Bien están aquí, en medio de sus compañeros de cuatro lustros, durante los cuales contempló el mundo absorto el duelo sublime en que el Derecho disputó y arrebató a la fuerza el imperio de un continente. (...) Bien están aquí, al lado de Bolívar, el hijo mimado de la gloria, el hombre portentoso que dio a la Libertad más grandes y espléndidos dominios y proclamó y predicó sus sacrosantos principios con grandilocuencia sin par”.²

Después de ochenta y seis años, oh Padre de la Patria, de estar tan gloriosas cenizas junto a ti, hoy volvemos con la palabra del elogio a exaltar la vida de uno de esos insignes campeones: de aquel que, orlada su cabeza con la diadema del sacerdocio, arrebatado por la llama del patriotismo, “patriotismo noble y puro”, según sus propias palabras, combatió en épicas jornadas, administró celosamente las fuentes de donde podía alimentarse el ejército patriota, rubricó con su pluma la Constitución de Cúcuta, cumplió con gallardía las órdenes que le dictaste, haciéndose acreedor a los elogios más enaltecedores, y, cumplida la gesta de la independencia, tras de luengos servicios prestados a la Patria, dedicóse, en el último decenio de su vida, al cultivo de su sacerdocio y, en franciscana pobreza, a la edad de 90 años, libre de toda atadura terrena, como tú, oh Padre inmortal, murió en paz con su conciencia, en los brazos de Dios.

Su muerte cerró el ciclo de los próceres de nuestra independencia.

Permiso, General, para honrar su memoria esclarecida.

EL HÉROE

Compleja es la vida del Presbítero José Félix Blanco. Pero toda ella está iluminada por los fulgores del patriotismo y los destellos de la Cruz.

Nacido en esta ciudad de Caracas, en 1782, siente desde la cuna el golpe de la adversidad. Recogido por una mujer, negra liberta, que se “ejercitaba hostiariamente en efectos de mercería”, crece sin el calor del propio hogar. José Félix Blanco —dice Lino Iribarren Celis y así lo testifica la Partida de Bautismo que se encuentra y custodia en la Iglesia Metropolitana—³ “era un expósito, y esto

afirma que para el 2 de junio de 1876 los restos del General Mariano Montilla junto con los de otros próceres, reposaban en el Panteón lo cual está en abierta contradicción con el Decreto del General Joaquín Crespo del 20-5-96).

2. Discurso pronunciado por el doctor Carlos F. Grisanti, en el acto de depositar en el Panteón Nacional los restos de los generales Mariano Montilla y José Félix Blanco y de don Fernando Peñalver. Caracas Tipografía *El Cojo*, 1896.

sella el misterio de su origen filial y será en su vida un signo del destino".⁴ Por una de esas circunstancias que escapan a la mirada de los hombres pero que influyen a veces, poderosamente, en la trayectoria de un ser, José Félix recibe las aguas bautismales el primero de octubre de mil setecientos ochenta y dos, apadrinado por el Presbítero Doctor Juan Félix Jerez Aristeguieta y Bolívar, tío carnal de quien, nacido un año más tarde, andando el tiempo, en titánico esfuerzo sostenido en dos decenios, rompería el yugo del coloniaje español, llevaría triunfal por páramos y llanuras desde el Avila al Pichincha la enseñanza de la libertad y rubricaría con sangre de sacrificio y mano de apóstol, en la desolación de Santa Marta, el más valioso testamento, sin igual en la historia, dejado por un Padre de Naciones a las hijas de su mente y de su espada.

Aun cuando por la condición de expósito se ignora su legítima ascendencia, "era considerado como blanco del estado llano" y, según testimonio de numerosas personas de que se valió el interesado para su petición al Rey (a fin de obtener del Claustro Universitario los títulos que le den opción al doctorado en teología), descendía de "gente cristiana, distinguida y sin mácula de raza". Y por la Real Cédula, fechada en Madrid el 16 de julio de 1807, por la cual el Soberano declara "que la cualidad de expósito no puede servir de óbice o reparo a Blanco para efecto alguno civil de los que gozan los hijos legítimos del estado llano y sin mancha, pues se halla habilitado en virtud de la expresada mi soberana disposición, para obtener los grados académicos que desea", "se sabe que se ha hecho acreedor a ello por su conducta, estudios y aprovechamiento tan adelantado en la carrera literaria".⁵

Era, pues, un estudiante dotado de especial inteligencia y de empeñoso esfuerzo por alcanzar los más sólidos conocimientos. Realizados sus estudios en el Real Seminario, fue ordenado en 1808, a los veintiséis años de edad. Meses más tarde sacude a Caracas el huracán de la revolución. Las semillas esparcidas por Gual y España en 1797 y por la expedición de Miranda en 1806, habían germinado en el alma de quienes, inspirados en la Enciclopedia y la Revolución Francesa, alimentaban los ideales de la independencia americana. El 19 de abril de 1810 —dice don Arístides Rojas— es "el primer resultado práctico de una elaboración de veinte años"; en ese día brilla la aurora de la autonomía venezolana"; y "en él suena la primera campanada de un movimiento que iba a ser simultáneo, en la misma época en todas las secciones de América".

Allí comienza a caldearse el corazón de José Félix Blanco, cuya amistad con los Roscio, los Montilla, los Salías, los Ustáriz, los Sosa, y otros que descollarán después de la epopeya de nuestra emancipación, lo prepara para la gran empresa de la liberación americana.

Fácil es, a luengas distancias de la época, censurar agriamente la actitud de quienes, como Ramón Ignacio Méndez, arzobispo más tarde de Caracas,⁶ y José

3. Libro N° 15, al folio 12, correspondiente a los años 1775 a 1790.

4. LINO IRIBARREN CELIS en "Estudio Preliminar" al *Bosquejo Histórico de la Revolución de Venezuela* por José Félix Blanco, publicado por la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Sesquicentenario de la Independencia. Caracas, MCMLX. Pág. 24.

5. LINO IRIBARREN CELIS. *o. c.*, pág. 29.

6. JOSÉ GIL FORTOUL. *Historia Constitucional de Venezuela*, T. 2, p. 54. Editorial Las Noveadas. Caracas, MCMXLII.

Félix Blanco, prócer de la independencia, se alistaron en las filas del ejército, sirvieron de Capellanes y empuñaron las armas para defender el idea de Independencia. Hay, sin embargo, que considerar las épocas diferentes para juzgar atinadamente a las personas en la Historia. Y sin extender un manto de indulgencia total, excusarlos en lo que es justo y cristiano.

No eran aquellos tiempos propicios para la indiferencia. La conducta de las autoridades españolas en tierras de América, las ideas de independencia, el ejemplo de los coetáneos, el ambiente que se respira y, por sobre todo ello, la arrebatadora y fascinante personalidad de quien muy pronto será el Genio de la Libertad, son fuerzas poderosas que estimulan a un hombre y lo empujan por senderos que distan diametralmente a los fijados por cánones que rigen en la Iglesia. Y ¿no es, acaso, el patriotismo una virtud que emana de la misma Ley dictada en la cubre del Sinaí y cuyo fuego puede arrebatar hasta consumir el más grande de los sacrificios?

José Félix Blanco sirve de Capellán del Ejército que, al mando del Marqués del Toro, sale de Caracas en el primer año de la República, y en cuya campaña recibe el bautismo de fuego junto con otros hombres que, más tarde, llenarían de gloria los fastos de la Patria. Con ese mismo carácter de Capellán del Ejército asiste en Valencia, en 1811, bajo las órdenes del General Miranda; acompaña al Coronel Jalón en 1812 en la Campaña de Occidente y, cuando sucumbe la República bajo la traición de Monteverde, emprende sus pasos por los rudos caminos del destierro, a la espera del momento en que, amasada con sangre en mil combates, la tierra sea propicia para construir con ella el edificio de la República.

En 1813, consumada la Campaña Admirable, sirve en el Ejército Libertador, bajo el mando de Bolívar; toma parte en la acción de Vigirima y, en la epopeya de Araure; a las órdenes de Mariño interviene en el combate de Bocachica, y con Urdaneta en la primera batalla de Carabobo. Perdida la segunda República acompaña como Capellán al Ejército de Occidente en su retirada sobre Nueva Granada, en donde hace la campaña de Boyacá y luego la del Magdalena a las órdenes del Libertador. Mide más tarde las llanuras de Casanare en 1816 con el General Servietz, y está presente bajo el comando de Páez en Achaguas y El Yagual, y luego en la gloriosa batalla de San Félix. Casi no hay sitio de lucha en donde este ilustre patriota no tenga parte para demostrar su arrojo, decisión y valentía. "Yo lo creo a usted útil en todas partes", le escribió el Libertador desde Angostura en 1817. Y ese juicio, por la autoridad de quien lo imparte, me exusa de seguir paso a paso tan dilatada hoja de servicios que no sólo llega hasta 1830, año en que ostenta el grado de General de Brigada, sino que, separada Venezuela de Colombia y constituida en República independiente, organiza las Rentas en La Grita y Bailadores, sirve de Comandante de Armas en Maracaibo, tiene a su cargo las carteras de Guerra y de Hacienda, asiste como Representante de la Provincia de Carabobo en el Congreso de 1839 a 1842, y ocupa el puesto de Consejero de Estado al lado de los ilustrísimos Prelados Guevara y Lira y Fernández Fortique en días tumultuosos en que el viejo luchador veía amenazada la República por una de tantas luchas fratricidas que han detenido en la historia la realización del sueño de Bolívar.⁷

7. *Tres Próceres de la Independencia*. Caracas, Tipografía "El Cojo". 1896, Pág. 93. Hoja de servicios del General de Brigada en Colombia y Venezuela José Félix Blanco.

CONGRESISTA Y ADMINISTRADOR

Hay, sin embargo, dos hechos que no debo silenciar por la importancia que revisten. El uno, la asistencia al Congreso del Rosario de Cúcuta, en 1821, en donde su palabra, discreta e ilustrada, ayudó a dictar la Ley fundamental de la República, y cuya firma, al pie de la Constitución y al lado de otros ilustres levitas como Ramón Ignacio Méndez y Lorenzo Santander, afirmará por los siglos que, también bajo la negra sotana sacerdotal, se esconde y estalla el volcán del patriotismo.⁸

El otro, de indiscutible trascendencia, es su aporte al sostenimiento del Ejército republicano. Las Misiones del Caroní significaron durante largos años el principal sostén de las fuerzas realistas. En Carta que el Prefecto P. Buenaventura de San Celonio escribió desde el Caroní el 17 de abril de 1812, al P. Comisario de las Misiones, exponiéndole la situación de la Provincia de Guayana en los primeros años de la guerra emancipadora, le dice categóricamente:

“Es verdad que esta Comunidad de Misioneros Capuchinos Catalanes no salieron a vencer con espada a los enemigos, pero los han vencido suministrando víveres de carnes frescas y saladas, de casabes o pan de esta tierra, arroz y frijoles, suministrando caballos para las tropas de tierra, con siete mil doscientos pesos en plata efectiva para sostener las tropas; de forma que aun los mayores enemigos de estas misiones no pueden dejar de confesar que a no haber ellas suministrado todos los víveres y demás, no era posible conservar esta provincia a favor de la causa justa que de necesidad se había de entregar a los enemigos. Eso lo publican ellos mismos, aunque sea a su pesar”.⁹

Cambiada diametralmente la situación y caída Guayana en poder de los patriotas, la causa republicana obtiene “una base logística de tan ingentes recursos que no sólo va a servir para ejércitos en campaña sino también para amortizar deudas y negociar con el exterior elementos de guerra”.¹⁰

A fines de 1816, José Félix Blanco obtiene de Páez un pasaporte para salir de Apure e incorporarse a las fuerzas que operaban en Guayana. Y llega en el momento preciso en que Piar necesitaba organizar las Misiones, venidas a menos por la expulsión de los Misioneros, la huida de los indios atemorizados y el consiguiente abandono de las siembras y plantíos. Con fecha 27 de febrero de 1817 Piar la nombra Comisionado General de las Misiones a fin “de ordenarlas”, “atraer a los indios que están huyendo”, “instruirlos en sus derechos” e infundirles “amor a la libertad y al servicio de las armas”; y cierra el Oficio con estas encomiásticas palabras: “Yo reposo en la confianza de que VS. tomará cuantas medidas juzgue convenientes al bien general de la Patria y al particular de los pueblos y del ejército, que deben prometérselo todo de la actividad, celo, pureza y demás virtudes que le distinguen y adornan”.¹¹

8. F. GONZÁLEZ GUINÁN. *Historia Constitucional de Venezuela*. T. 10, pág. 59. Ediciones de la Presidencia de la República, 1954.

9. P. BUENAVENTURA DE CARROCERA. *Misión de los Capuchinos en Guayana*. Tomo III, pág. 273. Publicación de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1979

10. LINO IRIBARREN CELIS. *o. c.*, pág. 14.

11. BLANCO Y ASPURUA. *Documentos. o. c.*, t. V, pág. 610.

Cuán feliz fue la administración del Padre Blanco despréndese de la carta que el Libertador le envió desde El Juncal el 18 de marzo de 1817 y en la cual le manda: “Continúe usted en el gobierno de esas Misiones, conforme al nombramiento que obtuvo de S. E. el General Piar, proponiéndome cuanto usted crea conveniente para el fomento de ellas y utilidades que el Estado puede reportar”;¹² del estado floreciente que tuvo luego la comarca, ya que al concluir la visita que el Padre Blanco hizo, tres meses después de iniciar sus trabajos, pudo afirmar que “la riqueza semoviente superaba a las 50.000 reses; 12.000 bestias caballares y más de un millar de mulas”;¹³ de haber organizado un cuerpo de quinientos indios lanceros, y “en un solo día, haber parado, con destino al ejército que iba a abrir campaña sobre el llano, 1.000 hombres y, como provisión para las mismas fuerzas, 800 cargas de víveres”,¹⁴ y del encomio que el General Piar le hizo después de la derrota de La Torre, merced principalmente al envío no sólo de los 500 caballos pedidos por Piar para remontar sus jinetes en la repasada del Caroní sino de 700, que llevados por la vía recta de Upata y Altigracia el Padre Blanco puso frente al pueblo Caroní.

He aquí el elogio del General Piar: “Mi querido Padre Blanco: ¿Sabe usted cuánto le debe la Patria? Le debe mucho. Le debe el triunfo de San Félix. Sin la caballada de usted, sin la calidad y número de los caballos que me mandó, y más que esto, sin la buena oportunidad en que vinieron yo no hubiese alcanzado a La Torre, que se habría metido en las Misiones”.¹⁵

No sufre la ocasión seguir detalladamente toda la actuación del Padre Blanco en las Misiones, en tres oportunidades. Pero sí es necesario decir que no obstante el sacrificio y dedicación a esa empresa, confiada a él por el Padre de la Patria, hubo de sufrir las incomprensiones de sus subalternos y aun del mismo Piar, al cual, en su defensa, escribió Bolívar: “Yo conozco al Padre Blanco, lo que no usted: es que éste suele ser inflexible hasta conmigo en las reglas”; que en la correspondencia de Bolívar resalta la importancia que daba la labor sacrificada de tan ilustre prócer, cuya ausencia de las Misiones trajo como consecuencia la disminución de aquella riqueza fabulosa, por lo cual el 19 de mayo de 1827, le escribió el Libertador: “Yo insisto e insistiré cada día más en que usted debe ir a Angostura. Los hombres del carácter y rectitud de usted no reparan en los escrúpulos del bien y de la honradez. De V. depende mejorar las rentas de Guayana, y no debe excusarse de hacer este nuevo servicio a esa benemérita provincia”;¹⁶ y que, cuando se incorporó nuevamente a las Misiones, en un solo año la venta de tabaco produjo 114.000 pesos, que equivalía a lo recaudado en los 7 años anteriores.¹⁷

12. SIMÓN BOLÍVAR. *Obras Completas*. T. I, pág. 231. Editorial LEX. La Habana, 1947.

13. LINO IRIBARREN CELIS. *o. c.* pág. 76.

14. *Idem*, pág. 77.

15. BLANCO Y ASPURUA, *o. c.*, T. V., pág. 633.

16. SIMÓN BOLÍVAR. *Obras Completas*. T. I, pág. 633.

17. LINO IRIBARREN CELIS. *o. c.*, pág. 84.

AMIGO DEL LIBERTADOR

Sobresaliente cualidad en el Padre Blanco fue la lealtad al Libertador. A ella correspondió Bolívar con las expresiones más dicientes y con la firme confianza en la capacidad y eficiencia del ilustre Prócer.

En la copiosa correspondencia del Libertador se encuentran frases como estas: “Soy de usted el mejor amigo”;¹⁸ “No es necesario encargar a usted las cosas dos veces, pues me es muy conocida su exactitud y su interés”;¹⁹ “Yo confío en el talento y la prudencia de usted”;²⁰ “Mande usted a su afectísimo que le aprecia y desea verle amado”;²¹ “Cuenta usted con el decidido afecto de su apasionado, Bolívar”.²²

Y he aquí que cuando el Libertador parte para Cartagena en dirección a Bogotá y deja al General Páez con el mando superior de los departamentos de Venezuela, Maturín y Orinoco, en julio de 1827, le escribe al Padre Blanco estas palabras que tienen la fuerza del más elocuente de los elogios: “Mis cuidados cesan enteramente porque confío en el celo y el patriotismo que siempre he conocido en usted y espero que ahora más que nunca empleará sus servicios y hará los mayores esfuerzos en coadyuvar con el Jefe Superior a que se conserve intacto el orden establecido, a que se veneren las leyes, a que se cumplan sin alteración los decretos que he dado en favor de estos países y a que respeten las autoridades del gobierno. De este modo no se extrañará mi ausencia y a usted le cabrá la satisfacción de haber tenido parte en conservar estos países en la más completa quietud ayudando al General Páez con sus sacrificios si fuere necesario. Amigo, si yo pudiera no me movería un solo momento de aquí; pero como me es preciso moverme en el centro para atender desde allí a todas partes, también es indispensable que usted participe del glorioso trabajo de salvar a su Patria”.²³

Y no obstante la amargura que rezuma la carta que desde Bogotá, golpeado el corazón por la perfidia e ingratitud de muchos de sus conmlitonos, le escribió Bolívar el 3 de mayo de 1830, o sea diez meses antes de su muerte, el Padre Blanco debió sentir uno como aire de gloria al leer estas sentidas palabras del héroe: “Yo continúo en mi resolución de irme a Europa, y se lo comunico a usted para su gobierno. Allá y en todas partes seré siempre el mismo para con mis verdaderos amigos; y puede usted estar cierto que los títulos que usted posee para ser acreedor a contarse en ese número, los recordaré siempre con placer y gratitud”.²⁴

18. Carta del 28-6-27.

19. Carta del 26-9-17.

20. Carta del 17-6-28.

21. Carta del 11-9-17.

22. Carta del 18-9-17.

23. SIMÓN BOLÍVAR. *Obras Completas*, Tomo II, pág. 136.

24. *Idem*, Tomo II, pág. 878.

EL HISTORIADOR

Fruto de esa reverente y casi apasionada devoción al Padre de la Patria fue la dedicación, por cerca de un decenio, a la compilación y ordenación cronológica de los documentos para la vida pública del Libertador.

Como atinadamente apunta uno de sus biógrafos, “ni el movimiento del 19 de abril de 1810, ni la campaña de Coro, ni las campañas de Occidente, ni Barquisimeto, Araure, San Mateo y Bocachica, ni Apure, ni Guayana, ni el Congreso Constituyente del Rosario de Cúcuta, ni todos, en fin, aquellos magnos sucesos en que José Félix Blanco, como soldado, como político, o como simple administrador, tuvo señalada atención, valen tanto en el sentido de las realizaciones que traducen un valor de significación trascendente para la sociedad, como la obra historiográfica que legó a la Patria, en años de paciente y acuciosa labor”.

Obra, a la verdad, ciclópea, excepcional repositorio de documentos, muchos de ellos hasta entonces inéditos, y que vino a completar la que, anteriormente, con loable esfuerzo habían realizado los próceres Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanés.

Si se considera que esa obra fue adelantada desde 1875 a 1876, o sea, cuando la República no se había repuesto de las duras consecuencias de la guerra, y a las dificultades del tiempo y la distancia e incomunicaciones de los pueblos se añadía la cansada ancianidad, salud desfalleciente y privación parcial de la vista, de lo cual ya se quedaba en carta al Libertador en 1827, es preciso reconocer en el Padre Blanco una voluntad de acero y un encendido anhelo de salvar para la posteridad lo más rico de nuestros Anales.

La alteza de sus miras al hacer esta recopilación, complementada más tarde y a petición del mismo Padre Blanco por don Ramón de Aspúrua, quedó fijada en la carta que el 3 de marzo de 1864 escribió el Prócer:

“Conoce usted, y todo buen patriota comprende perfectamente, cuán instructiva e importante es para nuestra juventud que se levanta; cuán glorioso es para el país que vio nacer en su suelo al gran Bolívar; y cuán honroso para su hija predilecta la “Heroica Colombia” presentar al mundo una Obra que contiene toda la correspondencia oficial del Ilustre Héroe de Sud América, aumentada con documentos y notas que ilustran y embellecen”.²⁵

“Esta Colección, podemos asegurar —escribía en su tiempo don Ramón de Aspúrua— es la más completa que, en su género, tiene Sud América”. Y en nuestros días ha escrito el autorizado historiador y bibliófilo, don Pedro Grases: “La Colección Blanco-Aspúrua sigue siendo hoy el conjunto documental más importante de la historiografía venezolana para el período de la independencia. Junto con las memorias de O’Leary son los dos grandes depósitos de textos impresos, de consulta obligada para todo investigador. No hay otro Corpus de textos tan intenso y rico como el de esta colección”.²⁶

25. Carta a Ramón Aspúrua. *El Porvenir* de Caracas, N° 304.

26. PEDRO GRASES. *El Archivo de Bolívar, Manuscritos y Ediciones*. Caracas. Ediciones Equinoccio, de la Universidad Simón Bolívar, pág. 130.

Al salvar, pues, esos preciosos documentos, el Padre Blanco contribuyó a darnos la imagen más perfecta de Bolívar y por ello bien merece ser apellidado como uno de los evangelistas del Libertador.

¿No es, acaso, la doctrina bolivariana uno como Evangelio de la Libertad? y los Evangelistas que la Iglesia nos señala, ¿no recogieron también la doctrina caída de los labios de Cristo para que sirva de alimento a los redimidos con su sangre y de guía inconfundible en su camino hacia la posesión del Reino?

Plugiera a Dios que las naciones nacidas al conjuro del Genio leyesen, amasen y practicasen la doctrina de Bolívar contenida en sus Cartas, Discursos y Proclamas, y los pueblos no desfallecerían, hambrientos de lecciones cívicas, ni los hombres asesinarían la libertad, ni padecería en el Gólgota de las negaciones, sin imitadores, el Tesoro de las virtudes que nos legaron nuestros Próceres.

EL SACERDOTE

Este prócer, que consagró la mayor parte de su vida a la independencia y consolidación de la República, sin miras a prebendas ni a honores personales sino por lealtad a su auténtico patriotismo,²⁷ escaló la cumbre del sacerdocio con espíritu de fe, que conservó hasta el último instante de su vida.

Con una sencillez, émula del autor de las *Floreillas*, ya octogenario, recontaba el origen de su vocación y la nobleza de sus sentimientos. “Cuando a la edad de 18 años, dije, concluí mi discurso académico de filosofía en la Real y Pontificia Universidad de esta capital, entré en 1800 a estudiar Sagrada Teología por mi propia voluntad y con la intención pura y sincera de graduarme en dicha facultad y en seguida ordenarme. Terminado mi curso teológico en 1803, seguí la pasantía legal hasta 1805; pero desde aquel mismo año entré a estudiar sagrados cánones, con el interés de perfeccionarme en el conocimiento de las leyes eclesásticas, y cuyo curso concluí en 1807. El adjunto expediente de *genere, vita et moribus*, que entonces instruí para ocurrir al Rey de la Nación en solicitud de una gracia especial para graduarme en Teología,²⁸ dará a V. S. (el Arzobispo de Caracas a quien va dirigido el documento), una cabal idea de mis estudios, aplicación y sanas intenciones hacia el sacerdocio. Ya desde el año de 1789, me hallaba adscrito al servicio de acólito en el Oratorio de San Felipe Neri, semillero precioso entonces de perfectos sacerdotes, y en él serví bajo la dirección de los preclaros Prepósitos, Maestro don Jerónimo Lugo y Maestro don Silvestre Méndez, con muy espontánea y singular contracción hasta 1809, en que por no haber Arzo-

27. Tan pulcra fue la administración del Padre Blanco que el Libertador, “conmovido de la desnudez que padecía en medio de tantas riquezas ordenó que el Almirante Brion le suministrara cuatro piezas de estopilla, una de holandilla, medias y pañuelos a fin de que se vistiera y pudiera pasar a la capital donde el General Urdaneta le obsequió un corte de paño para que se hiciera una casaca” (LINO... o.c., pág. 78).

28. A tenor de las palabras del exponente solicitaba una gracia especial para graduarse en Teología, y no en Derecho como afirma el Historiador LINO IRIBARREN CELIS en la pág. 29 del Estudio Preliminar del Bosquejo antes citado.

bispo en esta Arquidiócesis desde la muerte del Ilmo. Sr. Ibarra en 1806, pedí al señor Gobernador de la Metrópoli dimisorias para el señor Obispo de Mérida, y allá a 200 leguas de distancia y de pésimos caminos, fuí a buscar gustosísimo y a recibir humildemente las sagradas órdenes. En toda esta carrera de estudios, de pasantía y desvelos y, al fin de recepción del ministerio sacerdotal, yo me conduje y me formé YO SOLO, por mi libre y espontánea voluntad, por mi juiciosa dirección propia, sin siquiera el calor de mis padres porque no los conocí desde la infancia (. . .) Es evidente, pues, que en todos mis pasos me contraje al estudio y a la iglesia por mi solo instinto y por mi propio querer, sin la menor coacción y estímulo ajeno”.²⁹

Esta tan paladina y brillante declaración libremente suscrita por el Padre Blanco, en su venerable ancianidad, explica la firme y nunca contradecida ortodoxia de sus principios; la rectitud y austeridad de su vida en el rigor de los combates; “Personas respetables que militaron con él en la guerra de la Independencia —escribió el Arzobispo Guevara y Lira al Sumo Pontífice Pío IX—, me han referido que el Pbro. Blanco se distinguió siempre en la campaña por su modestia y compostura del común de la oficialidad”;³⁰ la solicitud con que acude, en los campos de batalla, a socorrer a los agonizantes e incluso a interceder por los prisioneros que debían ser ejecutados, como en el caso del Coronel español D. Francisco López, Gobernador civil y militar de la provincia de Barinas, caído en poder de Páez, y al que trató en su prisión de Achaguas y obtuvo la satisfacción moral de reducirlo a estado penitente y de administrarle los auxilios espirituales, y de interceder por él ante el caudillo para que fuese ejecutado no con el fiero espectáculo del sable sino con el fusilamiento “con que había halagado su esperanza”;³¹ y, explica también la sinceridad con que, después de haber perdido la secularización y la dispensa y absolución de las irregularidades y censuras eclesiásticas en que había incurrido durante su vida militar y civil, desde el año 1849 acudió insistentemente a la Santa Sede, apoyado por obispos de la talla de Fernández Peña, Guevara y Lira, Mariano Fortique y Juan Hilario Bosset, para lograr su rehabilitación.

Sensible es reconocer en el hombre sus faltas y errores. Pero colma de dicha el corazón cristiano el personal reconocimiento de sus culpas. Cuando el ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas, Silvestre Guevara y Lira, expuso al Santo Padre sus peticiones, el 21 de junio de 1862, concluyó con estas paternales palabras: “El Arzobispo tiene completa esperanza de que el dicho José Félix obra con tal sinceridad de corazón y rectitud de conciencia, que si V.S. se digna satisfacer su piadoso deseo, ello sólo no será causa de admiración sino de edificación, y aun de alegría, en el pueblo, fiel singularmente en estos calamitosos tiempos; y así el mismo José Félix podría reparar el escándalo producido, por la precedente secularización, con su vida ejemplar, dando nuevo honor y siendo útil, con su carácter sacerdotal, a la Iglesia y a la Diócesis con la ciencia y experiencia que posee, tranquilizando su conciencia y trabajando por la salvación de su alma”.³²

29. Extracto del Expediente de la Rehabilitación del sacerdote José Félix Blanco, que se conserva en el Archivo de la Arquidiócesis de Caracas, y publicado en ADSUM, nov-dic., 1958, año 51, pág. 218.

30. Carta del Arzobispo Guevara y Lira, de 6 de junio de 1862, fechada en Roma al Ilmo. y Rmo. Sr. Asesor de la Suprema Inquisición, en ADSUM, n. c., pág. 215.

31. JOSÉ FÉLIX BLANCO. *La Revolución Venezolana*, pág. 241.

32. ADSUM, 1; c; 215.

Fue un Prócer. Fue un ejemplo de patriotismo, de sinceridad republicana, de honradez acrisolada. Murió pobre como siempre vivió. “No tengo bienes ni intereses de que disponer, sino mis libros, que están aquí en mi estante”, escribió dos meses antes de su muerte a su amigo Ramón Aspúrua, después de decirle: “Ahora que me encuentro en vida avanzadísima, quiero que usted me conceda otro servicio que Dios le pagará. Es el de los encargos que voy a expresar”. Uno de ellos fue éste: “Soy desde muchos años hermano de la Cofradía de Nuestra Señora del Socorro en Santa Rosalía, a cuyos fondos nada adeudo. Ella cumplirá conmigo y mis restos mortales, lo que dispongan los estatutos y permitan sus facultades; pero pido a usted el favor de intervenir en este asunto, para obtener en lo posible que lo que funcione en tal caso sea sin boato ni ostentación alguna; y suplico a usted también que disponga que mi cadáver sea sepultado en el Cementerio de los “Hermanos de San Pedro”, en esta capital”.

Ese fue José Félix Blanco. Contribuyó a darnos una Patria libre y, como el Genio de la libertad, aquí presente en lo que queda de arcilla, murió en la pobreza más dignificante, dejando a los pósteros la lección del desprendimiento, de la pulcritud administrativa y del auténtico patriotismo.

LAUS DEO